

¿Pasaporte para amar?: Un corsé para el deseo

Passport to love?: A corset for desire

Pilar Errázuriz Vidal¹

Resumen: En este artículo se propone una reflexión en torno a una cuestión paradójica: por más que en este siglo XXI las acciones políticas de la diversidad sexual han sido muy beneficiosas para erosionar el dogma paterno, como lo asegura el psicoanalista Michel Tort, a la vez han repetido el modelo hegemónico de categorizar, no ya ‘la diferencia sexual’ sino ‘las diferencias sexuales’, asegurando, hoy, diversas identidades que se definen como GLBTTTIQ², haciendo de cada casillero un lugar estanco para el deseo migrante, excéntrico e incoherente. El pensamiento post-moderno asegura la no existencia de “el sujeto” y nos remite a entendernos como una copia de la copia de la copia, de un original que no es. Paralelamente, el deseo que cabalga a ciegas en el riel transferencial de la búsqueda “del objeto” que al fin lo completará, a sabiendas de la castración simbólica que remite a “la falta” y al destino del eterno retorno. Solo que si abrazamos estas “verdades” que nos muestra tanto la filosofía de la postmodernidad como el análisis lacaniano, nuestra andadura sería fantasmática y no conectaría con una realidad socio-política que se impone sin ambigüedad. ¿Cómo conciliar lo uno y lo otro? ¿Son las nuevas clasificaciones, por eficaces que sean para el debilitamiento del sistema, un lugar más de represión, de compromiso y de definición difícil de transgredir? El rompecabezas que hay que dilucidar es cómo asimilar el saber de la postmodernidad sin renunciar a valores de la modernidad, que aunque nos parezcan efímeros y espejismos permiten la

¹ Artículo inédito. Pilar Errázuriz Vidal, Psicóloga Psicoanalista, Doctora en Estudios de Género Universidad de Valladolid; Magíster en Psicología Universidad de la Sorbonne, París; Licenciada en Psicología, Universidad de la Sorbonne, Profesión Psicóloga, Universidad de Chile, Directora del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. anapilar05@yahoo.es.

² Personas: Gay, Lesbianas, Bisexuales, Travesti, Transgénero, Transexuales, Intersexuales, Queer.

incidencia en la realidad, sin que nuestra singularidad se sienta traicionera a uno u otro prospecto y que podamos dar un respiro al Ello que busca, lúdicamente, el terreno de lo absurdo de la dinámica deseante.

Palabras clave: Identidad, identificación, diversidad sexual, deseo, cuerpos.

Abstract: The proposal of this text is a sort of puzzle to be thought. On one hand we have the postmodern knowledge about the death of the subject, though a skeptical agenda for political definition. On the other hand, we still are produced by the modern school which let us learn about political struggle in order to fight the hegemonic power. Lacan's psychoanalysis assure that identity is an illusion and that the desire search always, via transfer, an object to be completed, what is impossible because the symbolic castration of the subject. Postmodern philosophy pretend the non existence of the subject, and the total illusory sensation of being, what give a perspective which diminish the Ego pretensions. How could we be aware of the relative position of an identity and, at the same time, not abandon our group of pairs for political intervention in the reality? The new sexual classification GLBT TTIQ we consider as a battle won against Father's law. Is it a real liberation or, again, is another way of submit sexuality to a certain and only way of desiring? Could we belong to one of the categories and have the freedom of letting desire be nomadic?

Keywords: Identity, identification, sexual diversity, desire, bodies.

“[...]En un sentido psicoanalítico, el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer constituye también un problema, y no algo natural, basado últimamente en una atracción química. La decisión de la actitud sexual definitiva tiene efecto después de la pubertad y como resultado de una serie de factores, tanto constitucionales como accidentales, *imperfectamente determinados aún*”³, así se expresaba Sigmund Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual”, (1905,

³ El destacado es mío.

p.1178). Asimismo nos transmitió que la libido o energía psíquica deseante era la misma para niños y niñas en el origen de su construcción de sujeto, deseo activo de búsqueda para satisfacer las pulsiones y aplacar las tensiones de las mismas. Solo que los varones podían continuar con el desarrollo de un deseo activo y sustantivo, mientras que las niñas, debían renunciar a tal actividad y acomodarse a ser un objeto de deseo.

Más tarde, Jacques Lacan recogiendo del Maestro señalaba que la ‘actitud sexual definitiva’ se definía en una posición: masculina si el individuo se situaba en sujeto deseante o femenina si se colocaba en una posición de objeto de deseo. Según lo que se entiende de esta hipótesis, es que estas dos posiciones no están directamente relacionadas con la anatomía sexual, sino con la construcción de la subjetividad. En otras palabras, que de acuerdo con lo dicho por Freud, las posiciones serían “un resultado de una serie de factores, tanto constitucionales como accidentales” y uno de los factores que resalta Lacan basándose en Lévi Strauss es la construcción del sistema de parentesco, por el cual el hombre se sitúa en la posición dominante al intercambiar con sus pares las mujeres y éstas pasan a ser, en términos de Gay le Rubin, “mercancía de intercambio” o dicho de modo neutro, ‘objeto a intercambiar entre varones para constituir alianzas entre diferentes grupos familiares’. (Rubin, 1986, pp. 95-145). Ambas perspectivas, tanto la de Freud como la de Lacan, se atienen firmemente al binarismo del sujeto sexuado: o se es lo uno o se es lo otro. Pero no existe la posibilidad sobre-inclusiva de “ser lo uno y, también, lo otro”, o sea, finalmente homologando el binarismo psíquico al binarismo anatómico. Solo que el binarismo anatómico es, también, una pretensión del sistema, puesto que los nacimientos intersex lo largo de la historia han sido escamoteados. Lo que sabemos, al menos de la construcción de las subjetividades y que nos lo enseña la teoría es que todo individuo busca el deseo del otro a la vez que desea al otro. Diríamos entonces que se sitúa en un doble lugar, tanto de sujeto como de objeto y, por lo tanto, no ocupa una sola posición definitoria.

Cierto es que las feministas constataron en los años 70 con Gay le Rubin y con Kate Millet (1975) que las mujeres no solo eran objetos de intercambio entre los grupos familiares patriarcales, sino que la política sexual hombre / mujer era el resultado de una dominación masculina. Si las mujeres ocupaban un lugar de sujeto sustantivo en cuanto a su deseo, la misoginia la arrinconaba

en la cosificación. El sistema hegemónico que se denunciaba a sí mismo en la ‘tradicional petición de mano de la novia por parte del interesado al futuro suegro’ lo dejaba claro. Se suponía que el deseo del varón por ella era suficiente para encender en ella la respuesta recíproca. Ya en los años 60 Betty Friedan había descubierto ‘el malestar que no tiene nombre’ que sufría un enorme porcentaje de mujeres de clase media en USA, con vidas regulares, familias funcionales, parejas heterosexuales de hombre activos, en un momento en que las mujeres aún con pocas posibilidades de acceder al mundo productivo, se constituían en objetos de elección para los hombres casaderos que las preferían, no solo bellas, sino anuentes a situarse en el lugar de la “otra”, de la que habla Simone de Beauvoir (De Beauvoir, 1949 / 1965), es decir, la reificación del ángel del hogar a cambio de sujeción. Carol Pateman (definió el nuevo contrato social-sexual del mundo democrático como un intercambio: las mujeres comprometen subordinación a cambio de la protección de un hombre.

Hoy esto es aun así. Es decir, es lo que Joan Scott clasifica como relaciones de poder que, sería precisamente, el objeto de estudio de la categoría de género (Scott, J. 1990). Podemos ser reduccionistas y decir que la dialéctica sujeto / objeto se da en distinta medida en todas y cada una de las relaciones de pareja. Ya sea heterosexual o de otro tipo. Podemos, también, asimilar lo masculino en cualquier relación de pareja al término dominante del binomio y femenino, al subordinado. Podemos, incluso, ampliarlo a la ecuación amo / esclavo de Hegel o a las prácticas S/M. Qué nos puedan hablar del goce del dominado en su lugar de “amo del amo” o de las ‘estrategias del débil’ para con el dominador, o de la proyección del masoquista en el triunfo del sádico, los términos opuestos de hegemónico / subalterno parece no admitir matices.

Si bien las relaciones de poder en está siempre en una suerte de balanza entre las partes, y si bien es una realidad social que el colectivo de mujeres ha estado secularmente subordinado al de varones, desde el punto de vista de la realidad psíquica podría ser de otro modo. La teoría psicoanalítica nos enseña que el inconsciente no sabe de contradicciones y que los opuestos pueden convivir. Que los objetos de las pulsiones son múltiples y nunca predeterminados. Sabemos que el Yo ha de conformarse desde el Ello perverso polimorfo en una cierta armonía con los mandatos que el sistema simbólico construye en el Súper Yo y en los Ideales del Yo. También sabemos que la actividad psíquica nunca duerme, que en

los avatares oníricos cotidianos podemos detectar la convivencia de lo absurdo que siempre termina por explicarse por el cumplimiento de deseos. Los sueños no son solo sueños como dice Calderón de la Barca. Los sueños son el ojo de la cerradura por donde observar la olla de grillos que se maneja en nuestra psiquis, sin orden ni concierto, salvo por el servicio rendido a Eros y Tánatos. Constituyen la ventana por donde asoma la realidad de la vida psíquica inconsciente.

De modo que el binarismo que la cultura patriarcal ha construido desde hace siglos a partir de la cristalización de la diferencia anatómica de los humanos, es fruto de un orden previsto para una dominación. Entre los opuestos no hay equivalencia. Hay un positivo y un negativo, un activo y un pasivo, luz y tinieblas.... El negativo, las tinieblas y la pasividad han sido habitadas por lo femenino, de acuerdo a los mandatos patriarcales. De este modo se ha educado tradicionalmente a las mujeres para reprimir la pulsión hostil, el deseo de saber y el deseo de poder. Y, en cierto modo, para reprimir o esconder o disimular el erotismo activo en cuanto a la búsqueda de satisfacción sexual.

Ahora bien, todo lo descrito es del orden de la realidad psicosocial, pero la libertad del mecanismo psíquico del retorno de lo reprimido está poniendo en cuestión el orden simbólico del sexual establecido. Las diversidades se liberan y se expresan, las performances dan cuenta de un imaginario múltiple y calidoscópico. Sin embargo, asistimos hoy a un fenómeno de refuerzo paradójico del binarismo sexual y lo que es más, de una declaración en regla del lugar en el mapa sexual en que nos encontramos y de donde, parece ser, es mejor no moverse. Formularios nos piden llenar para sacar el pasaporte legítimo para amar. No ya heterosexualmente, sino en una definición identitaria a la que no se debe traicionar. El sentimiento de: “estoy gay”, no parece caber, sino, más bien es mejor visto el “soy gay”, por poner un ejemplo. Cuestión de identidad. Como si instalarse en una definición del deseo fuera menos perturbador que declararse un nómada deseante. Pero hay algo más y es el refuerzo del binarismo sexual, hasta el punto de intervenir el propio cuerpo como si el cuerpo fuera un original y no la copia de la copia de la copia performativa de un imaginario. Como si el cuerpo “fuera verdad”. No olvidemos la aseveración de Freud: “el yo es ante todo un yo corporal” (Freud, 1923). ¿Significa esto que la parte del Ello que en Yo devino está coartada por el cuerpo? ¿Por el cuerpo bio-anatómico la roca subyacente biológica (Freud, 1937) o por la representación del cuerpo? ¿Entonces, es la biopolítica la que domina la ambigüedad de la pulsión erótica y la hace sucedánea de la identidad?

En efecto, así nos ilustra Judith Butler: “podría decirse que la heterosexualidad normativa es parcialmente responsable del tipo de forma que modela la materialidad corporal del sexo”. Pero agrega que: “los procesos identificatorios son esenciales para la formación de la materialidad del cuerpo” y se preguntan cómo éstas funcionan para oponerse al “yo corporal” freudiano. Es decir, parecería que la resistencia a un cuerpo normativizado procede de identificaciones y/o proyecciones sobre el individuo (Butler, J. 2002, p.40, 41). Esta resistencia no solo procede de la disforia de género, sino de un reducto del retorno de lo reprimido del monismo sexual, momento en el cual se gestaba la represión según los mandatos de las instituciones de lo simbólico de manifestaciones pulsionales según los sexos. Un ejemplo de esta resistencia, a lo largo de toda la historia de la humanidad, en las mujeres apunta a lo biológico con el control de la maternidad. En los hombres, el retorno en toda época de lo reprimido de la homoerótica masculina que campó por sus fueros hasta el siglo XIII d.C. en Occidente según asegura Louis Georges Tin en su estudio sobre *la invención de la cultura heterosexual*. (Tin, L. G. 2012).

Me comentaba una colega francesa acerca de que la clasificación LGBTIQAI (lesbianas, gay, bisexuales, transexuales, transgénero, queer, intersexuales, asexuales) “tiene matices que no dan cuenta de fenómenos homologables. Si bien la disforia de género parece ser el común denominador entre estos colectivos, se podría distinguir dos realidades: una que tiene que ver con la identidad y otra, con la sexualidad y el deseo. El concepto que acuñó Stoller en los años sesenta en cuanto a definir el género como la sensación íntima de feminidad o masculinidad a veces contraria a la anatomía y biología, tendría más que ver con la identidad, mientras que la homosexualidad y bisexualidad, tendría más que ver con la sexualidad y el deseo”⁴.

En otras palabras, la reasignación de sexo proviene de un malestar identitario y que dice relación con la imagen o con una representación del cuerpo sentida como ajena... ¿ajena a qué? ¿Cómo se habría gestado la representación ‘no ajena’ o sea ‘la propia’ “que dice verdad”? El sujeto diría *mi cuerpo no concuerda con mi sentimiento íntimo de pertenencia al género al que debe obedecer dicho cuerpo*. No se trata del registro de la pulsión ni del deseo. El o la homosexual para amar a un homólogo no necesita plasmar la representación de sí como una ajenidad. No estamos ahí en el terreno de la identidad sino de la identificación.

⁴Gabrielle Houbre citada por Errázuriz, P. ponencia Foro Psicoanálisis y Género, 2015, Buenos Aires.

Tratativas del registro deseante con los Ideales del Yo logran un acuerdo para transgredir la hétero-normatividad en función de una flexibilidad que resiste la norma. Pero en el caso de la reasignación de sexo, se trata de una rebelión a nivel de lo real de una concordancia impuesta por el sistema simbólico que pasa por los registros de lo imaginario. Transexualismo, travestismo, transgénero, tendrían por objeto mostrarse, verse, sentirse en un cuerpo rehecho o travestido para performar un sentimiento íntimo. Solo que el sentimiento íntimo sigue prisionero del binarismo: o esto o lo otro. Y no forzosamente nos da indicios del deseo o de la elección de objeto: conocemos los casos de varones reasignados en cuerpo de mujeres que aman mujeres. ¿Pasan estos sujetos a formar la categoría de lesbianas?

La cuestión es por qué razón se elude permanentemente la ambigüedad del deseo y se conforma a este según la performance de la imagen. Parecería que el Yo necesita una definición que lo muestre en clave de binarismo y esto tiene que ver con el cuerpo. A su vez, tiene que ver con las Instituciones en las cuales se inscribe el cuerpo y en su discurso (Foucault, 1976). Esta 'necesidad' del Yo aparece sospechosa de obediencia al pensamiento hegemónico, vale decir, a un sistema sexo-género que en todos los registros, simbólico, imaginario y real, impone los opuestos: lo uno, o lo otro. Lo sobre-inclusivo se excluye. Ciertamente esta fijación binaria es funcional, pero también tiene raigambre en un rasgo paranoide: si separo lo malo de lo bueno, me puedo defender⁵. Si soy femenina no soy masculina, y vice versa, si soy hombre no soy mujer, es decir el posicionamiento dependiente de su opuesto. Si ambos se confunden en uno solo, es decir 'lo bueno y lo malo' resulta un agente depresógeno o, al menos, confusional. ¿Dónde situarse si ambos el uno y el otro son móviles, relativos y pueden resultar en lo *mismo*?

Cierto es que todo se ha llevado a dos términos únicos, el cero y el uno y a sus múltiples combinaciones. Solo que el deseo humano y también el goce son inextricables e irreductibles. Ni cero ni uno. Sino galaxia de infinitas combinaciones, diríamos, que escapan a cualquier lógica pues son producto del Ello polimorfo que tanto amenaza al Yo construido para sobrevivir. Es decir, un Yo corporal que reclama identidad e identificaciones y que es moldeado por la cultura y por las instituciones que la transmiten. O sea, la cultura que se ha

⁵ Véase Teoría de las Relaciones Objetales en Psicoanálisis kleiniano: pecho malo vs. pecho bueno en la etapa primera del desarrollo.

forjado en todos los registros a partir de la ley del Padre y de la dominación masculina. Por otra parte, si el Yo se encuentra en medio del nudo borromeo de Lacan (1971-72 y 1975-76), si desatamos lo real en cualquier reasignación de sexo, desatamos también los hilos de los otros registros, imaginario y simbólico. ¿Es entonces la intervención en lo real la que desafía, verdaderamente, la Ley? ¿Es la imagen rehecha la que da cuenta de lo ilusorio de la diferencia sexual? ¿O, por el contrario, la que reafirma la importancia de la definición binaria?

El sujeto, concepto al que tanto nos aferramos, ha sido declarado inexistente en la postmodernidad. Se ha puesto de manifiesto lo que todos sospechamos siempre “la autoficción, el sujeto siempre en falta” (Robin, R. 2005, p.45): lo ilusorio de la identidad, lo ambiguo y magmático del ser, el hueco indeleble de la castración simbólica. Desgastarse en fijar la representación de sí mismo que se escapa hacia los extramuros del inconsciente que insiste en anunciar la incertidumbre, resulta desde esta perspectiva, una cruzada extenuante destinada al fracaso. Resulta del resto irreductible que quedó luego de embarcar lo real y lo imaginario en lo simbólico, en el querer decir y no poder. Solo queda el parlotear⁶ para el goce dentro de ese espectro de búsqueda infructuosa. La ecolalia representada en los múltiples fetiches que rellenan ficticiamente la falta y que levantan una cortina de humo frente a la mala noticia: la noticia del no poder ser o no poder capturar *el ser*, siempre escurridizo, que encontramos al final de un recorrido psicoanalítico. Sin embargo, ¿y si no hay mal que por bien no venga? Es decir, ¿que la *mala noticia que nos da el psicoanálisis* (Alemán, J. 2012) no resulte, paradójicamente, una suerte de liberación? ¿Liberación del ser y del deber ser de la definición sexual, la apertura de un amplio horizonte por donde pasear la desesperanza, lúdicamente, pues no hay, al final, registros fiables que haya que firmar/confirmar?.

Ahora bien, resulta muy complejo abrazar una suerte de pensamiento postmoderno heredero de Derrida quien pone en cuestión la esencialización del binarismo y de la diferencia sexual, y, por otra parte sostenerse en los postulados de Foucault (1976) acerca de las relaciones de poder, o, en fin, concentrarse en el pensamiento psicoanalítico puramente. Así como el eterno retorno de lo reprimido acecha al Yo y por lo tanto a los cuerpos, por ende a las identidades, el pensamiento postmoderno que postula arenas movedizas en cuanto a todo

⁶Concepto lacaniano *lalangue* en Seminario 23.

lo que hemos definido como construcción del sujeto, pone en riesgo cualquier parentesco con la Psicología Social. No olvidemos, sin embargo, que el Maestro postuló que “Toda psicología individual es psicología social” y que Juliet Mitchell entretejiendo el psicoanálisis y el feminismo aseguró que la teoría psicoanalítica da cuenta del sexo y el patriarcado (Mitchell 1976). ¿Podemos conciliar tanto ingrediente para esta sopa de letras reflexiva?

Es decir, el riesgo de pensarnos en ese nomadismo (Braidotti, 2000) identificatorio y deseante que nos propone el pensamiento postmoderno, anula la existencia del *sujeto político* (Fernández, A.M. 2006) y desde ahí cuestiona cualquier acción en el terreno de lo social, de lo histórico, de lo político. Quedarnos solamente en la dimensión de la psiquis, es decir de las transacciones de las pulsiones sin destino predeterminado con el Yo que se contacta con la cultura y que desde ahí genera producciones representacionales que negocian intrapsíquicamente, es creer que éstas son neutras, e ignorar la internalización de la sutil biopolítica de clase, género y raza. Olvidar que el registro simbólico y el imaginario social construyen andamiajes narcisistas y representaciones de sí, lo que coarta el desarrollo de pulsiones parciales, como por ejemplo las que dan origen a los deseos de saber y poder (Burin, 1987), escamotear esa dimensión es ponerse en una posición vulnerable frente a una invasión ideológica del psiquismo que sea negada y naturalizada. “Siguiendo a Althusser, Juliet Mitchell logró reducir la vida psíquica al dominio de la ideología” (Gatens, 2002, p. 139). ¿Debemos pensar con ella que incluso lo más profundo del psiquismo se aliena también en el discurso hegemónico?

Todas estas reflexiones que parecen ordenadas arbitrariamente en su aparición, responden a una profunda inquietud acerca del cómo pensar la singularidad identitaria y deseante de los individuos. Si pensarla en clave política lo que envuelve ya varias contradicciones como por ejemplo escoger borrar el binarismo y acogerse a identidades múltiples y calidoscópicas, u optar por transgredir el binarismo hegemónico reforzándolo en el sentido opuesto, para demostrar su construcción. Si encerramos el deseo en un cuerpo definitorio de semblante, ¿será posible proponer la absurda coexistencia de las pulsiones, en un discursar propio, sin los corsés de las identidades? El ‘Yo soy’ en algunos de los casilleros LGBTIQAI, acaso ¿no constriñe, una vez más, el deseo errante a fijarse en un señuelo tan engañoso que es una *identidad definitiva y definitoria* al estilo de la

propuesta del pensamiento hegemónico? Una vez más, las ovejas con sus parejas. Una vez más, obtén el pasaporte adecuado para amar. Una vez más, definirse, comprometerse, pertenecer....

¿Cuál es entonces el conflicto para la coexistencia de una identidad con deseos excéntricos⁷ (De Lauretis, 1992)? El obstáculo, al menos el más inmediato, es del orden de lo político. La afirmación en identidades construidas sobre la base de la intervención en lo real fruto de una búsqueda imaginaria de representación compatible con un sentimiento íntimo de género, es un valioso y deseable acto político para erosionar el sistema patriarcal y la obsoleta Ley del Padre. Es el retorno histórico de lo reprimido antes de la famosa ‘horda primitiva’, antes de la conquista del planeta por la patrilinealidad, que se expresa en forma de ¿parodia? ¿Dramática intervención en el cuerpo? ¿Exposición para la percepción del Otro de la rebelión a la diferencia sexual? Sin duda si hay algo que ha conmovido los mandatos de género en el siglo XX y XXI han sido las reapropiaciones de los cuerpos por los individuos: las mujeres con la anticoncepción y su reclamo al derecho al aborto, los y las homosexuales en su rebeldía frente a la heteronormatividad en el deseo sexual, los S/M en la alquimia de la transformación del dolor en goce y placer, los y las individuos/as que reasignan el sexo anatómico del cuerpo, las performances que parodian feminidad y masculinidad en la representación de los estereotipos, las nuevas tecnologías de reproducción humana que cuestionan la necesidad del ‘apareamiento’....

El fin del dogma paterno, como lo asegura el psicoanalista Michel Tort (2005/2008), está en la mira. La constricción funcional para llevar adelante la especie, está cuestionada. Sin embargo, nadie se pregunta sobre porqué Tánatos fue “tan eficazmente organizado” en los confines de lo social, es decir en las guerras, matanzas, violencia, violaciones, conquistas por la fuerza, abusos de poder en género, clase, raza, mientras que Eros ha sido amarrado de pies y manos, para mantenerlo tranquilo y sobre todo en la sombra de la más estricta intimidad singular. La mano negra de la leyenda de Tótem y Tabú ha capturado la historia de la cultura: masculinidades hegemónicas disputándose el goce tanático, a la vista y paciencia de toda la humanidad, con la consabida legitimidad de un imaginario social que se legisla sobre la base de obtener el poder. Mientras tanto,

⁷ En el sentido que le da Teresa de Lauretis, excéntrico=*en Off*.

otros géneros clasificables –por el momento– en feminidades y diversidades, se mueven en los *intramuros*, en silencio, a partir de mandatos represivos para las pulsiones. Desde los años sesenta se ha denunciado este estado de cosas, *haz el amor y no la guerra*. Hoy las acciones políticas de las sexualidades emergentes de las sombras con su intervención en el registro de lo real, imparable movimiento que ha conseguido atención médica y del Estado, las uniones entre personas del mismo sexo y el cambio de identidades legitimados en el Registro Civil de la polis, está devolviendo a Eros lo que es del Eros. Pero esto no es suficiente.

Entendemos que hoy para combatir la heterosexualidad hegemónica sea necesaria la clasificación LGBTIQAI, de modo a convencer “al Padre” que aunque nos rebelemos a su ley, aún somos controlables, cada quien con cada quien, todos y todas con pasaportes, uno por persona, representando la pertenencia a un solo lugar, suburbio identificable, con ‘características previsibles’, guardando las distancias con el común del mortal. Si dentro de sus guetos se aman los/as unos con los/as otros/as y de ahí no pasan, no representan peligro para la desestabilización de los bien pensantes. El estigma reificado en una clasificación identitaria ‘legitimada (¿?) por el sistema’, una y solo una, tranquiliza la ‘estabilidad deseante’ de los otros, los ‘normados’. Cualquier nomadismo es amenazante, cualquier contradicción entre el pasaporte y el deseo singular de un día cualquiera, no es de recibo. Son cofradías (sororías) que se establecen para defender su recién adquirida nueva legitimidad, su pasaporte, es decir el salvoconducto para amar en paz. Un salvoconducto con todas las hojas escritas, también bio-políticamente. No hay espacios en blanco para multiplicidades deseantes, creativas, excéntricas. Solo puedo amar lo que se supone que debo amar según mi flamante y aceptada identidad....

¿No estamos frente a la repetición, que para Søren Kierkegaard (1843 / 1976) es sinónimo de eternidad? ¿Será que el orden y concierto de la organización de la sexualidad humana es inquebrantable y eterna en su repetición? O ¿Será un efecto más de la metaestabilización del sistema sexo-género como nos indica Celia Amorós? Desde luego así lo son las políticas de uniformidad de “familias en desorden” según concepto de Roudinesco (2003), parejas homosexuales unidas por el lazo secular del matrimonio, adopción de hijos preservando la familia que es por excelencia, según el primer escrito de Lacan, la célula madre de la comunidad. Más de lo mismo en otro registro. ¿Es la clasificación LGBTIQAI

también más de lo mismo? ¿En lugar del binarismo tenemos hoy un ‘multiencasillamiento’ igualmente limitante? ¿Es tan necesario replicar modelos del sistema para obtener “pasaporte”? Las denominaciones en cuestión parten de una identificación por oposición: frente a los/as hétero, los/as homo, frente a éstos los Bi, frente al cuerpo definido, el tránsito entre los sexos, y así. ¿Cómo podemos pensar como singularidades fuera de todo sistema de clasificación sin caer en el escepticismo postmoderno que anula el impulso para una acción política de los colectivos?

Finalmente, ¿no se puede pensar en el sujeto tachado sin necesidad de adjudicarle una identidad, al mismo tiempo que actuar frente a los avatares de su singularidad en la realidad del sistema? Sabemos de la castración simbólica; sabemos de la imposible completitud de la que somos deseantes; sabemos que amar a otro no depende ni del género, ni del sexo, sino de un deseo que es miope y se confunde en su transferencia eterna del objeto original el que, a su vez, fue también un espejismo; sabemos que los cuerpos son controlados, escriturados, politizados; así como sabemos que esos cuerpos interactúan en redes de relaciones de poder; también sabemos que la diferencia sexual es construida y los mandatos de género arbitrarios y funcionales. De tantas cosas pretendemos estar convencidos/as, incluso de lo ilusorio de la propia identidad, procesual, cambiante, desechando células muertas cada día, como sabemos que el amor no se puede asir y se escurre como agua o arena en el correr del tiempo, y que éste abarca incluso más allá de los humanos, los objetos, los animales, las utopías....

¿Es posible mantenerse a la vez en la lucidez del pensamiento postmoderno y al mismo tiempo, consciente de ello, pertenecer a colectivos que intentan incidir en la realidad socio-política, y ello sin traicionar la complejidad deseante que se filtra como puede en medio de los avatares del Yo para lograr un respiro? ¿Podemos existir en la cotidianidad sin el corsé identitario? ¿Podemos existir con la toma de distancia sabiendo que la identidad no es más que la copia de la copia de un original que no existe? Y ¿que esa certeza no impida tomar en serio posicionamientos políticos frente a los mandatos hegemónicos? Un rompecabezas para reflexionar.

Bibliografía

- Amorós, Celia, Amorós, Celia, (Dir.), 1998, *Diez palabras clave sobre mujer*, Navarra; Editorial Verbo Divino.
- Braidotti, Rosi, 2000, *Sujetos Nómades*, Buenos Aires, Paidós.
- Butler, J. 2002, *Cuerpos que importan, sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Bs. Aires: Ed. Paidós.
- De Beauvoir, Simone, 1949/ 1962, *El Segundo Sexo*, Tomo 2, Bs. Aires: Editorial Siglo XX.
- De Beauvoir, Simone, *El Segundo Sexo: Los Hechos y los Mitos*, Tomo 1, Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.
- De Lauretis, T. 1992, *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1992.
- Fernández, Ana María, 2006, *Política y Subjetividad*, Buenos Aires: Editorial Tinta Limón.
- Foucault, Michel, 1976, *Histoire de la Sexualité I. La volonté de savoir*, Paris: Gallimard.
- Freud, Sigmund, 1981, "Obras Completas", Madrid: Biblioteca Nueva, 1981, en particular:
- "Análisis terminable e interminable", 1937.
 - "El Yo y el Ello", 1923.
- Gatens, Moira, 2002, "El poder, los cuerpos y la diferencia", en Barrett M. y Phillips, A. *Desestabilizar la Teoría: debates feministas contemporáneos*, Bs. Aires: Paidós.

- Kierkegaard, Søren, 1976, *In vino Veritas/La repetición*, Madrid: Guadarrama.
- Lacan, J. 1938, “Los complejos familiares”, Paris: Encyclopédie.
- Lacan, J. 2012, Seminario 19 de Lacan (1971-1972), Lacan J. *Seminario 23 (1975-76) El seminario*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Lacan J. 2007, *Seminario 23 (1975-76)*, Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Millet, Kate, 1975 *Política Sexual*, México: Aguilar.
- Mitchell, Juliet, 1976, *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona: Anagrama.
- Pateman, Carol, 1995, *El contrato sexual*. Anthropos: Barcelona.
- Robin, Régine. 2005, “La autoficción, el sujeto siempre en falta”, en Arfuch, L. (Comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades*, Bs. Aires: Ed. Prometeo.
- Roudinesco, Elisabeth, 2003, *La familia en desorden*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rubin, Gayle, 1985 “Tráfico de Mujeres: notas sobre una economía política del sexo”, en *Revista Nueva Antropología*, vol. VIII, N°030, México: Universidad Nacional Autónoma de México, nov.
- Scott, Joan, 1990, “El género, una categoría útil para el análisis histórico”, en Amelang, J.S. y Nash, M. (Ed.), *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia: Edicions Alfons el Magnanim, Institució Valenciana d'estudis i investigació, 1990.
- Tort, Michel (2005 / 2008) *Fin del dogma paterno*, Buenos Aires, Ed. SAICF Paidós.